

Filología

N.º6

Agosto de 2018

Filología

Gacetilla académica y cultural

Gacetilla bimestral, Vol. 2

Agosto de 2018

ISSN: 2619 - 5305 (en línea)

Medellín, Antioquia

Dirección Editorial:

Sebastián Castro Toro

Edición y corrección:

Laura Correa Lopera

Luis Fernando Quiroz

Santiago Hernández

Mario Martínez Présiga

Asistencia editorial:

María José Botero

Federico Jiménez

Maira Alejandra Zapata

Mirey Córdoba Pérez

Sebastián Agudelo

Diagramación y diseño:

Mirey Córdoba Perez J

Juan David Gil

Johnnatan Naranjo Cuadros

Arley David Palomino

Índice

4 Editorial

Notas de un asistente de la V Cátedra Tomás Carrasquilla

8

Narciso Crespo Crespo

15

Teatro para filólogos

Juan Buitrago

¿Qué cabe recordar del disparatado de Unamuno?

18

Juan Guillermo Gómez

32

Homenaje a Jairo Alarcón

Astrid Arrubla

Orquídeas, pájaros y flores

35

Álvaro Cruz

38

Divagaciones de un viajero solitario

Alejandro Vega

Lectura recomendada: “Carta abierta a Evguieni Evtuschenko*”

40

A. Karanin

Editorial

La Red de Estudiantes de Filología nació en el 2016 en el marco de una coyuntura que movilizó a una parte de los estudiantes de Letras: Filología Hispánica. La inconformidad ante el proceso de transformación curricular, que devino en la actual Filología Hispánica, se abocó en ese momento a un movimiento asambleario. Tradicionalmente, los estudiantes de filología han sido mayoritariamente apáticos y pasivos políticamente, acomodados en el placer teórico que brinda una de las humanidades de raigambre más aristocrática que pervive en nuestros días. Por eso tal movimiento fue algo peculiar. Sin embargo, como la mayoría de los movimientos estudiantiles —la apatía no es monopolio nuestro—, la movilización se desgastó

hasta desaparecer. Fue ante ese fracaso que algunos comprendimos que lo que más le hace falta al pregrado, a la facultad, a la universidad, a nuestra sociedad, son espacios para el encuentro y el fortalecimiento del tejido social. Muchos estudiantes desprecian a sus compañeros y, en el fondo, se desprecian a sí mismos: no confían en que puedan hacer algo frente a los problemas que afectan a su comunidad. O, peor, su ensimismamiento es tan profundo que no les importa en lo más mínimo el bienestar colectivo y carecen de la visión para comprender que su suerte está conectada a la de los demás. Nosotros creímos que el trabajo de base necesario para que los individuos sepan organizarse y actuar ante las coyunturas se funda-

menta en la apropiación de la cultura y la academia, pues estos son los puntos de convergencia de la vida universitaria. Esa es la intención de la Red y de la publicación que en este momento llega a ustedes, nuestros lectores. En el país, la solución de las problemáticas sociales tienden a prolongarse o simplemente no llegar. Por eso es difícil distinguir cuándo empieza una coyuntura, si alguna vez termina y si realmente es tal. Sin embargo, así como en el 2010 la reforma que se pensaba hacer a la Ley 30 movilizó al país, la reforma tributaria y la dilatada omisión de la crisis de financiamiento de la universidad pública requieren un movimiento de tal o mayor magnitud que podría ser este. No hay manera de saber en este momento si la agitación actual se convertirá en ese movimiento o se desvanecerá luego de la primera efervescencia, como suele pasar. Los profesores, cumpliendo con su deber como grupo ilustrado y, por supuesto, unificados por el desfaldo salarial, están marcando la ruta. Este es un llamado a los estudiantes de filología y al estudiantado en general a que participe críticamente de los espacios que aparecen en esta crisis y a que cree for-

mas y espacios nuevos para la acción, si se siente inconforme con los existentes, para que no permita que pocos decidan por muchos el devenir de nuestra universidad. Filología es un espacio académico y cultural y tanto la academia como la cultura tienen que responder ante las agitaciones sociales y ponerlas en cuestión, pues abogamos por una visión del conocimiento del mundo —que dicen que también está en los libros— en que este implica una preocupación activa por el mismo. Es propio de aquellos que tienen tiempo de estudiar, de pensar, de intentar comprender, el actuar a conciencia. Finalmente, los invitamos a leer a Álvaro Cruz y a Alejandro Vega con sus miradas atentas al cicatrizado paisaje colombiano. A Juan Buitrago, por su parte, con sus consideraciones sobre el teatro y los filólogos. A Astrid Arrubla y sus palabras sobre las afectuosas enseñanzas de su maestro Jairo Alarcón, a quien rinde homenaje; así como a Juan Guillermo Gómez, quien nos señala un modelo negativo de la relación entre cultura y sociedad en la disparatada figura de Miguel de Unamuno; y, a propósito, a Narciso Crespo en su comentario a la V Cátedra Tomás

Carrasquilla. Como plato final, ofrecemos la crítica de un tal A. Karenin al célebre poeta y novelista ruso Evguieni Evtuschenko, donde desarrolla una tesis sobre la relación entre el poeta —léase el artista— y el pueblo, en que sustenta que la labor de este, más que la noción básica de servicio, altamente perjudicial en un régimen totalitario, es la inteligencia. Astrid Arrubla y sus palabras sobre las afectuosas enseñanzas de su maestro Jairo Alarcón, a quien rinde homenaje; así como a Juan Guillermo Gómez, quien nos señala un modelo negativo de la relación entre cultura y sociedad en la disparatada figura de Miguel de Unamuno; y, a propósito,

a Narciso Crespo en su comentario a la V Cátedra Tomás Carrasquilla. Como plato final, ofrecemos como lectura recomendada la crítica de un tal A. Karanin al célebre poeta y novelista ruso Evguieni Evtuschenko, así como sus observaciones a La Revolución, donde desarrolla una tesis sobre la relación entre el poeta —léase el artista— y el pueblo, en que sustenta que la labor de este, más que la noción básica de servicio, altamente peligrosa en un régimen totalitario, es la inteligencia.

Vida del pregrado

Notas de un asistente de la V Cátedra Tomás Carrasquilla

Narciso Crespo Crespo

Como cometido especial para este loable órgano de difusión de ideas y desvaríos, se me encargó intentar un comentario sobre el quinto ciclo de conferencias de la “Cátedra Tomás Carrasquilla”, titulado “Los intelectuales españoles y el irracionalismo político: de Menéndez Pelayo a Ortega y Gasset”, a cargo del maestro Juan Guillermo Gómez García. A juicio propio, la empresa es de por sí un reto. No siendo yo un gran conocedor de la temática abordada en la Cátedra, y teniendo presente el grado de dificultad que supone seguirle la pista a un expositor como Gómez García, me limito aquí a exponer algunas notas sobre las primeras tres conferencias, además de un par de impresiones con las que no pretendo descrestar a nadie. La quinta y última, “*España como problema* de Pedro Laín Entralgo”, tendrá lugar en el auditorio de la planta baja de la Biblioteca Central, el próximo miércoles 5 de septiembre a las 4 pm.

Un fracaso histórico. Una posible contextualización

¿Qué le pasó a nuestra “amada Madre Patria”? ¿en qué terminó el poderoso afán extractivo de su tiempo colonial?, ¿por qué no figura como actor protagónico en la escena mundial? Esta serie de preguntas apunta a un proceso de múltiples tensiones y rupturas. Nos ubica en el imaginario de los intelectuales que sufrieron el trauma de una ínfima herencia respecto a lo que alguna vez fue un vasto patrimonio imperial. Este es el punto de partida para la comprensión de quienes entonces trataban de responder a una crisis de identidad nacional. La crisis fue consecuencia de la incapacidad y holgazanería para formar un entramado institucional armónico con los devenires de la modernidad. La respuesta fue la hispanidad. Para cumplir con el objetivo de contextualizar el marco en el cual se desarrolla el problema intelectual de la hispanidad en los destacados exponentes de la “Generación del 98”, apuntemos un par de

datos sobre estos momentos de la vida española. El primer momento es la llamada Restauración. Este proyecto político de turno partidista y supuesta armonía monárquico-parlamentaria fue auspiciado por el autoritario Antonio Cánovas del Castillo. Fue un intento por reacomodar la tambaleante estructura de la monarquía española, que se mostraba débil especialmente desde las Abdicaciones de Bayona y la fase napoleónica, hasta la huida de Isabel II hacia Biarritz (Francia) en 1868. Es quizá sorprende cómo el programa de Cánovas logró fructificar. A desmedro de su corrupta y cínica fundación, dio la efímera impresión —no sin fuertes contradictores y convulsiones por lo represivo del régimen— de una estabilidad al estilo del sistema político inglés. Pero más allá de lo funcional que pudo haber sido la Restauración para la mantención de los pilares españoles —los principios monárquicos, la fe católica y la propiedad privada—, Cánovas no lograba atajar el incesante espíritu de la modernidad ni hacer frente a los desafíos políticos de un entorno en el que estaban en consolidación las actuales potencias mundiales.

Siguió el momento más importante: la vergonzosa actuación de España en 1898, primeramente en la guerra de independencia cubana y luego ante la incapacidad de retener la arremetida norteamericana en el marco de la misma conflagración. Esta antigua potencia europea se encontró entonces sumida en la melancolía de sus glorias

pasadas y el anhelo romántico de reencontrar una supuesta senda extraviada llena de grandeza. A este cataclismo le seguirá una enérgica generación de intelectuales que valdrán en función del ostracismo en el que, errantes, se preguntarán por el significado de lo español.

Se sucedieron después la dictadura militar de Miguel Primo de Rivera (1923) y la Segunda República (1931). Miguel Primo de Rivera logró una legitimidad con sus críticas a los políticos profesionales responsables de los desastres del 98 y del turno de la Restauración, que no servirá sino para agudizar la corrupción del país. La dictadura de Primo de Rivera se tornó aún más autoritaria que el modelo ultraconservador de Cánovas del Castillo, pues aquel no se conformó con reprimir las libertades civiles, sino que también disolvió las Cortes, suprimió la Constitución de 1875, levantó las inmunidades parlamentarias y arremetió contra los movimientos obreros y de izquierda. Tras la caída de Primo de Rivera en 1931 y la poca legitimidad de la monarquía alfonsina, dos días después de las elecciones regionales del 12 de abril de 1931 —en la que los pro-república se hicieron con la mayoría de los cargos de representación—, se proclamó la Segunda República Española. Al término de esta montaña rusa, los intelectuales de la generación del 98 dejaron las puertas abiertas para el advenimiento de Francisco Franco y la derrota de la República.

Menéndez Pelayo y la polémica de la ciencia española

El primer representante de esta desmoralizada y desesperada “Generación del 98” fue el santanderino Marcelino Menéndez Pelayo, quien trazó el camino para una renovación de la grande España de antaño, camino alejado de los engaños positivistas y enciclopédicos y de la traición a los ideales católicos, cercano a la grandeza antiluterana, a la victoria evangelizadora. Es en Menéndez Pelayo que la idea de renovación o cambio se torna paradójicamente reaccionaria, donde el deseado devenir significa el retroceso a la vieja usanza. Es, pues, en una laguna de nostalgia histórica que se pretende bautizar a la nueva España. Con estas ideas como directrices, el ya representativo Menéndez Pelayo arremete contra el positivismo, el liberalismo y el progresismo, sacando a relucir como mejor arsenal las viejas glorias españolas, los íconos representativos del Siglo de Oro y de la teología católica.

¿Que son la falta de libertades las causas de la decadencia de España? No, responde el filólogo santanderino. Son la ingratitud a los valores católico-hispánicos y el embeleco ilustrado los causantes de los males españoles. Criticar a España es traicionar la patria, la nación, al Rey y a la Iglesia. Con Menéndez Pelayo nos encontramos ante el estandarte del dogmatismo (aunque en España sea, para algunos, un moderado), la intolerancia, la irracionalidad y

el fanatismo.

Joaquín Costa y el caciquismo hispánico

Junto a los ahistóricos caprichos de Menéndez Pelayo, Joaquín Costa hace parte de la primera camada de esta generación. A las mismas preguntas dirige sus indagaciones, aunque bajo parámetros menos nostálgicos y sociológicamente más aceptables. Con menos influencia y visibilidad en la vida española, Costa atina respuestas encaminadas a una comprensión socioeconómica de la España de fin de siglo.

Costa ve como base del atraso español una estructura fundada en un caciquismo que no solo corrompía clientelarmente la política española, sino que tampoco contribuía físicamente al desarrollo del país. Este caciquismo es el verdadero protagonista de la política española, asegura Costa, pues más allá de que se puedan erigir leyes redentoras, estas resultarían estériles si no se ataca el poder personalista y egoísta de quienes dirigen el parlamento y los partidos. Para estos problemas, Costa diseñará un ambicioso plan de reformas estructurales para España, el cual va desde la educación hasta la modernización en infraestructura. Pero si parece que Costa está en consonancia con las ideas de la modernidad, debe señalarse que se distancia de tales ideales en un punto fundamental: la apelación a valores democráticos y liberales. Para este tal vez visionario español, las rien-

das del país las debía tomar un caudillo ilustrado que fuese capaz de jalonar energicamente las reformas que necesitaba urgentemente España.

El segundo intelectual expuesto parece no caber dentro de lo que se enuncia en el título del ciclo de conferencias. Mas es este mismo argumento —el ser un investigador serio y comprometido, argumentativo y sensato— lo que lo pone fuera de la esfera de acción y reconocimiento de una España que solo atiende a disparates. Costa viene a ser la excepción que confirma la regla.

El *Idearium español* de Ángel Ganivet

En la misma línea del disparatado tratamiento de la identidad y la nacionalidad por parte de los intelectuales españoles de finales del siglo XIX y principios del XX, encontramos como ejemplo de ese casi patológico desvarío hispánico a Ángel Ganivet. En este se vislumbra tempranamente el temor a un fatídico desenlace del amado imperio español. La decadencia de España surge, según Ganivet, del encauce en los rumbos del positivismo y del capitalismo, los cuales han hecho extraviar el camino espiritual de España representado por el estoicismo de Séneca. El español de Ganivet es aquel que rechaza las fantasmagorías de la vida moderna, que vive según su ley, cuyo máximo ejemplo es el Cid o el Quijote, aquel que rechaza el intelectualismo y el positivismo; en pocas palabras, el español de

Ganivet es la más vulgar y desastrosa caricaturización del buen salvaje de Rousseau. No contento con su caracterización, este andaluz tendrá la ambiciosa ilusión de que mediante el retorno a estados pre-modernos, servirá España de ejemplo a sus antiguas colonias, retomando su control cultural sobre estas e imponiendo una manera divergente de las lógicas Europeas.

Es así como, graciosamente, no solo la obra sino el autor sufren de un anhelo medieval, pues a la insensatez de la obra se le suma la mísera vida del autor: agobiado por su desfase temporal, solo le queda un suicidio estrepitoso.

***Defensa de la hispanidad* de Ramiro de Maeztu**

Tomemos de las últimas líneas la idea del anhelo medieval, ya que parece ser esta —excluyendo a Costa— la constante intelectual de estos pensadores. De esta manera, según Maeztu, ante la notoria bancarrota de los portentosos ideales hispánicos y el desmembramiento del imperio, debe retornarse al punto en que España se desvió y perdió la claridad de su camino. Este punto no es otro que el ya fetichizado medioevo, donde aún no se vivían los desmanes de la industria y el capitalismo. De aquí que el punto interesante de esta recurrencia melancólica pueda deberse sin más a la incapacidad de España por entrar en el circuito del mercado mundial y su incapacidad de figurar como país de

importantes industrias. Más lógico aún, intentar una interpretación del principio de este pensar como consecuencia del remordimiento español por no haber administrado sagazmente los réditos de sus ricas colonias, o haber invertido en la consolidación de una España industrialmente moderna. Recuperar la tradición es la urgente tarea que Maeztu enfatiza como remedio de la no-España que se asoma al siglo XX. La conversión de un antiguo costista en defensor acérrimo de los valores católicos y monárquicos es una clara representación del dominante paradigma hispánico. Este se bambolea entre el irracionalismo, la irreflexividad histórica y el desdén filosófico. Como punto final, debe anotarse el interés de Maeztu por una unificación hispánica de Europa a América, donde ambos lados del Atlántico se rijan por los ricos valores del catolicismo y la monarquía. Esta unificación no es más que una conversión anacrónica en la que se pretende una salida del curso histórico y retorno redentor a los tiempos en que España no seguía el curso de una influencia francesa.

La larga vida y errática obra de Miguel de Unamuno

En Unamuno parecen converger todos los ideales que hasta aquí hemos señalado, pues es este notable autor el estandarte de la irracionalidad y del vicio romántico que niega todo lo moderno, lo europeo y lo científico. Unamuno desempeña un papel protagónico no solo en las letras, sino también en

la política. Primero republicano, y más tarde franquista, Unamuno ejemplifica ese paladín romántico que tiene en su seno el latente arribismo que adolece de la construcción de un proyecto intelectual de amplias miras y gran impacto.

Dentro del inventario de Unamuno, se encuentra una continua evocación abstracta y nostálgica por los paisajes castellanos, de los campos y sus agricultores, que sirve para ocultar la decadencia que asiste a España. Es campo y no las ciudades donde se esconde la esencia española, donde sobreviven los sublimes ideales de medioevo. De ese repertorio, la consecuencia lógica es el desdén por el progreso, la democratización de la cultura y la masificación de las ciudades, aunque paradójicamente son estas condiciones a las que Unamuno deberá su fama.

Pensar de esta manera no significa más que abstraerse de los procesos sociales propios de finales del siglo XIX y principios del XX, y por tanto significa vivir fuera de la realidad, en un mundo de evocaciones e ilusiones que solo podría prestar sentido en literatura, pero del que Unamuno hace también ideal de la identidad española. Esta huida de la realidad lleva como consecuencia el abandono de la ciencia, que en la prosa de los irracionalistas ya no es capaz de responder o explicar los problemas de la sociedad y parece únicamente corromper al hombre virtuoso alejándolo de su destino rural y simple.

Bajo esta argumentación, se suma España a la ya generalizada crisis universal de los valores que venía haciendo eco en Europa, y que se manifiesta en la deslegitimación de las élites políticas e intelectuales que habían hecho carrera con la Ilustración y el liberalismo. La ciencia, la democracia, el humanismo y, en general, la modernidad dejaron de figurar como los valores cohesionadores de la sociedad, y se le opusieron la entrega al subjetivismo, a la nostalgia de viejas glorias y en especial la búsqueda de esencias etéreas y eternas.

Apuntes finales

A pesar del constante irracionalismo de estos escritores, su lectura

propicia un par de ideas en limpio. La misión de España en la historia no es más que portar los valores anti-ilustrados y la dogmática católica que pervive gracias al anacronismo reaccionario de melancólicos y temerosos intelectuales. Estos y sus ideas, como la de identidad nacional, están determinados por el contexto, a la vez que configuran realidades sociales. Por esto, si tomamos una crisis como aquello viejo que no termina de irse y lo nuevo que no termina de llegar, puede comprenderse el papel que juegan los intelectuales en la historia, sean como motor del cambio o, en este caso, como muralla frente a nuevos procesos.

Miscelánea

Miscelánea

Teatro para filólogos

Juan Buitrago



El hermetismo del filólogo parece ir en contravía del teatro. Su planeación minuciosa desemboca en una individualidad potenciada que, a la postre, automatiza el hacer. Y esto no es casual, pues la teoría no solo configura un marco de análisis, sino que modela el cuerpo del estudioso de la lengua: crea un ritmo interno incoherente con la propuesta corporal, afianza en la voz una cadencia pretenciosa y fastidiosa que no genera ni sorpresa ni interés; el error se presenta en él como una tragedia, a la vez que le infunde miedo a equivocarse. Las clases son la manifestación de ese dualismo antropológico en que el alma parece desbocarse por ansiedad de conocimiento —por obvias razones, imperceptible— y el cuerpo guarda un hieratismo estremecedor: los Buster Keaton contemporáneos. Aunque lo peor no descansa allí; esa falta de gestualidad va acompañada de una imposibilidad de reacción. Las sinapsis funcionan de manera diferente en los filólogos: buenísimos para el análisis, pero malísimos para la intuición; por tanto, terribles improvisadores. Basta con plantearles una situación sencilla para bloquearlos: imagínense

un oso polar amarillo comiendo un helado en Saturno. El filólogo comenzará a preguntarse cómo un oso polar llega a Saturno, por qué come un helado, e incluso dirá sin titubear que “los osos polares no son amarillos\”. De esta manera, llegará a la comodidad de afirmar que se trata de un absurdo, ignorando que en esos absurdos descansa el mayor problema para sus sentidos, porque aquello que no puede explicar racionalmente lo desborda. La filología despojó a la dramaturgia de su objetivo primordial: la teatralización. Esta toma la escritura teatral como un ejercicio médico de disección para aplicar teorías reduccionistas, extraer temas y estructuras subyacentes; en lugar de privilegiar, en sus análisis difundidos, esa relación en la que el texto se hace uno con el cuerpo y en la que dicho cuerpo es re-presentado. No se me tilde por esto de idealista, ni menos de observador romántico del teatro. Esas investigaciones son necesarias. Solo que en ellas el investigador se distancia del objeto, lo vuelve impersonal y, en consecuencia, esto hace que los estudios se agoten en una escritura impecable que no interesa a nadie, ni siquiera a los teatreros.

Por ende, propongo que el estudioso de las letras sea también teatrero, puesto que así adquirirá conciencia de la vida en tanto un “ensayo interminable”; de modo que pueda acercarse sin esfuerzo a un acontecimiento tan complejo como el teatro mismo. No necesita el filólogo tener bases actorales, ni leer los tomos de *Filosofía del teatro* de Jorge Dubatti; lo único que necesita es aprender a jugar. El juego exige atención, trabajo en grupo, repentismo, táctica, creación y, sobre todo, implica riesgo: lanzarse al vacío. El teatro es el arte del juego. Y aunque el arte no debería enseñar, y el teatro no se libra de ello, este per-

mite crear cuerpos proporcionales a la mente, gestos representativos del ritmo interno, animalidades; en suma, una poética que configura una cartografía personal. Por ello, invito al filólogo a que juegue a ser otros: una hiena, una rosa, un dios griego, una mesa de noche, un escritor, un académico, etc. Y de pronto así —quizás cuando menos se lo espere— podrá jugar a ser filólogo.

¿Qué cabe recordar del disparatado de Unamuno?

Juan Guillermo Gómez
punctumed@yahoo.com

1. Reseña tardía de *En torno al casticismo*

Publica Unamuno la compilación de sus ensayos, bajo el título *En torno al casticismo*, siete años después de haberlos divulgado en los números 74 a 78 de *La España Moderna*, entre febrero y junio de 1895. La España pintada del 95 es una España en “una honda crisis”, de “desesperante marasmo”[1]. Entre tanto, en un prólogo de una veintena de páginas, confiesa Unamuno han aparecido una serie de destacados estudios sobre la vida española, empezando por *Idearium español* de Ganivet, *El problema nacional* de Macías Picavea, las investigaciones de Joaquín Costa, *El alma castellana* de Martínez Ruiz, *Hampa* de Rafael Salillas (que influyó en la formación del antropólogo cubano Fernando Ortiz), *Hacia otra España* de Maeztu... etc. Dice que el libro de Ganivet es acaso el que más le ha sugerido y el de Salillas devela aspectos socioló-

gicos notables del picaresco español y su carácter andariego. Tilda después al pueblo español de pueblo pastor por vocación, de la estirpe bíblica de Abel. El pastoreo determina el vagabundeo, el ser errante, buhonero, conquistador. También Unamuno corrobora la tesis, sacada de la manga de una cita de ocasión, que el español menosprecia lo propio, mientras celebra lo extranjero a ojos cerrados. De allí que carezcamos “al presente al menos, de una firme y robusta fe en nosotros mismos”... etc.

El primer estudio (o “divagación”) de Unamuno se titula consecuentemente “La tradición eterna”. Allí va a introducir la célebre y equívoca (célebre por equívoca) tesis de la intra-historia, no sin antes someter al lector a una prueba de enorme paciencia hablando de esto y aquello (en alguna línea se de-

clara hegeliano y afirma que el último y divino capítulo del Quijote es “nuestro evangelio de regeneración nacional”). La tradición es la sustancia de la historia, afirma Unamuno, y se opone a lo que entendemos comúnmente por lo histórico. Lo histórico es lo que hace bulla, lo que cuentan a diario los periódicos, la epidermis de los sucesos. No es ello sino la superficie del mar (la metáfora del océano inunda la especulación filosófico-histórica), las olas visibles, que ocultan la “vida intra-histórica”. La intra-historia se oculta a los historiadores profesionales, que exhuman legajos, folios y fuentes muertas, que tratan de revivir el cadáver añejo del pasado remoto. Pero en esa historia no están los pueblos mudos, las masas que día a día se levantan, laboran, rezan y desaparecen, sin que se dignen mencionarlas en esos ejercicios científicos mustios. La tradición eterna queda así oculta, la tradición que vive en el presente, pues en el presente es donde está vivo lo vivo de la historia (no en los libros de erudición, monumentos, archivos, homenajes). Solo los videntes perciben ese movimiento eterno de la tradición y guían a todo un pueblo.

para elevarse a la luz, haciendo consciente en ellos lo que en el pueblo es inconsciente, para guiarle así mejor [...] Hay que ir a la tradición eterna, madre del ideal, que no es otra cosa que aquella misma reflejada en el futuro. Y la tradición es la tradición universal, cosmopolita... nuestra absorción en el espíritu general europeo moderno.[2]

El segundo estudio, “La Casta histórica. Castilla”, indaga sobre el carácter eterno del español, de la casta española. Tomando la tesis del pacto social de Rousseau, deduce el verdadero contrato social intra-histórico que determina el destino de una comunidad nacional: “esta es la efectiva constitución interna de cada pueblo”. Para Castilla, que es el corazón de España, los signos distintivos de su historia se alojan en un pasado vivo del romanismo, “nuestros romances”, carne de nuestra historia. En ella se vertió toda una nueva lengua que tuvo, en la traducción de *Forum Judicum*, ordenado por Fernando III, la piedra angular de la lengua

castellana. De allí se deriva la historia, la lengua, la literatura clásica castellana, y por ende española. La lucha contra los moros y luego el descubrimiento de América determinaron la unidad de la península española. Castilla es el motor de la unidad, de la fuerza centrípeta, de la voluntad férrea de poder, de la fe religiosa; su idea que se resume en “la idea del unitarismo conquistador, de la *cato-lización* del mundo”[3], siendo ejemplar de ese ideal hispánico el vasco Ignacio de Loyola. España, que expulsó judíos y moros para preservar la fe católica, abanderó la lucha también contra el luteranismo, pieza maestra de la unidad y la ortodoxia. De ese fondo se construyó Castilla, “el país de los castillos”, su ser cultural indestructible, el fondo eterno de la vida española.

Este segundo estudio tiene un apartado o largo pasaje muy notable por el lirismo en que anticipa las miles de páginas que se han escrito sobre el paisaje castellano, y se resumen en la expresión (que más tarde le valió a un devoto colombiano de la literatura, Eduardo Caballero Calderón, el título de su libro emblemático): *Ancha es Cas-*

tilla. [4] Las páginas pueden ser tenidas por magistrales en su género paisajístico, como pintura de gran estilo de las tierras áridas de la gran meseta castellana. Son también modelo estilístico y romantización tardía, que cae como melodía a las almas atormentadas de la nación mutilada de su joya caribeña. Es un ejercicio tardío de paisajismo, que había llevado a una nota magistral el argentino Domingo Faustino Sarmiento, en los capítulos iniciales del *Facundo*, pero con una intención y función diversas. En Unamuno palpita un amor vibrante por una tierra dura que no despierta la alegría de vivir, sino de la que deriva un carácter perenne. El paisaje castellano es monoteístico, achica al hombre, sirve para recortar la figura del Quijote, en fin, que dice “sólo Dios es Dios, la vida es sueño y que el sol no se ponga en mis dominios”. [5] En otros términos, que si para Sarmiento la ancha llanura pampeana es ocasión para estructurar un relato sociológico (inspirado a su vez en *La democracia en América* de Alexis de Tocqueville) del temperamento y la lucha violenta del guacho contra la civilización bonaerense, para Unamuno es la quintaesencia telúrica de un alma

eterna, de la Pacha Mama castellana que invade la razón intra-histórica de España.

El tercer estudio, “El espíritu castellano”, se dedica al estudio caracterológico de la literatura por antonomasia española, a su teatro calderoniano. Calderón es el símbolo de la raza castellana. Es, citando a Menéndez Pelayo, “poeta españolísimo”. El argumento de sus obras suele ser monótono, simple, a diferencia, para Unamuno, de las obras de Shakespeare. En ninguna de las obras de Calderón se encuentra la compleja profundidad de Lear, Hamlet, Otelo; no sabe desarrollar las contradicciones, las evoluciones de los personajes. Ellos delatan el carácter empírico, fanático, de poco fondo estético, oratorio, de color, de sinonimias, de “enorme uniformidad y monotonía”. [6] Este carácter calderoniano, lo resalta también Unamuno en la literatura del siglo clásico, en consideración del fondo espiritual del castellano: fatalista, pero a la vez libre-arbitrista, exaltado por su espíritu guerrero, por su voluntad de acción, por su sentido de la honra (“el honor se defiende a esto-

cada limpia”), que siempre se lava en sangre, por su brutalidad, por su valor (“valor de toro”), por su horror al trabajo, pero a su vez por su amor al oro, por su sentido de la aristocracia, pero a su vez a la democracia frailuna (democracia de pobres), por su obediencia al caudillo, por su sentido de venganza (“para vengadores, hay que educar a los hijos”), por su sentido de los celos y sobre todo por el lazo social primario que es la religión. “Este es el lazo social, y la unidad religiosa la forma suprema de la social.” [7] Deseo complementar con un párrafo que cae muy bien para este libro:

La religión cubría y solemnizaba muchas cosas. Para que les enseñaran “las cosas de nuestra santa fe católica” *encomendaban* indios a los aventureros de América. ¡Extraña justificación de esclavitud! Y allá, en aquellas mismas tierras de nuestra castiza epopeya viva, tierras vírgenes de policía, donde se desenfrenaban las pasiones cuando Pizarro, Almagro y el maestrescuela Luque hicie-

ron convenio de repartirse la presa del Perú, aportando el último socio capitalista 20.000 pesos y su industria los otros dos, entonces cierran el trato en misa celebrada por Luque, en que comulgaron los tres de una sola y misma hostia. ¡Qué de miserias irreligiosas brotaron de este solemne y consagrado trato! [8]

El cuarto estudio, “De mística y humanismo”, complementa la indagación sobre el espíritu calderoniano, a saber, se adentra a la faz íntima del castillo del alma castellana, a las obras de San Juan de la Cruz, Santa Teresa, que desean unirse a Dios, a la sabiduría y amor divinos. Del humanismo, comenta ampliamente al maestro León, amigo de la paz, la concordia, enemigo de las armas, platónico, horaciano y virgiliano. Al finalizar este estudio, Unamuno escribe unas líneas que serán ampliamente debatidas (como las del doble cerrojo a la tumba del Cid, de Costa, o el “yo soy yo y mi circunstancia” de Ortega y Gasset):

Hay que matar a Don Quijote para que resucite Alonso Quijano *el bueno*, el discreto, el que habla a los cabreros del siglo de la paz, el generoso libertador de los galeotes, el que, libre de las sombras caliginosas de la ignorancia que sobre él pusieron su amargura y continua lectura de los libros de caballería y sintiéndose a punto de muerte quería hacerla de tal modo que diese a entender que no había sido su vida tan mala. “Calle por su vida, vuelva en sí y déjese de cuentos”, dirá el engañado Sancho al pedirle albriicias. [9]

Así, España debe sacudirse la vieja casta de los racionantes, que crearon el Santo Oficio, que impide que nazca el pueblo nuevo. “Sobre el marasmo actual de España” es el quinto estudio que cierra el libro. Se puede entender esta “errabunda pesquisa” como un breve tratado o pincelada sintética de la juventud española de fin de siglo. El cuadro es lamentable; es como el Ariel rodoniano, pero con agriera. “No hay ju-

ventud”, dice una y otra vez Unamuno; la juventud española está sumida en la atmósfera deprimente del canovismo, “en un pantano de agua estancada”, “en un páramo espiritual”. Juventud sin ideales propios, sin heroísmo, rampóna, domesticada por las faldas maternas o por los mecenas políticos; de la raza camaleónica, acomodaticia, que promete hasta los treinta años y luego languidece sin estupores. “No hay Joven España”[10] (como podemos decir hoy nosotros: “No hay Joven Colombia”). Es también este último estudio unamuniano un cuadro de la pobreza económica, pero sobre todo intelectual de España, sin artistas, ni filósofos, ni científicos. Pide a la intelectualidad española mantener un vínculo entre ciencia y arte; pide economía y modestia en sus ediciones y publicaciones; pide a la sociedad española resocializarse, romper la sociabilidad brutal machista (que solo fomenta, por adición, los caprichos o celos mujeriles); pide resocializar la vida literaria, que fomenta una asociación de escritores que no se diferencia de una agrupación de peluqueros o cooperativa funeraria; pide renovar la prensa, que hasta hoy es “una

verdadera balsa de agua encharcada” etc. El brillo prosístico de Unamuno es innegable, al igual que el abuso de amaneramientos estilísticos, desuetos; está lleno *En torno al casticismo* de derroche de ingenio, de requiebres luminosos, de ideas revueltas, de opiniones inconclusas, entre convencionales y llamadas a provocación. Es un libro de ensayos, como lo es su estrictamente contemporáneo, el lapidario *Páginas libres* del peruano Manuel González Prada, publicado en París, como resumen de sus antitéticas protestas por el estado de miseria de su nación, tras el desastre de la guerra chileno-peruana. González Prada, al igual que Unamuno, protesta, pero no acusa la nostalgia de glorias pasadas, ni pide redimir del pasado nada. No lloriquea ante tumba alguna, ante monumento nacional del pasado. También como Unamuno, González Prada pasa por las armas a los especímenes intelectuales de su generación, pero con nombres concretos, sin evasivas alusiones. Se burla además de frente de Castelar y de Varela, genios tutelares de la España canovista. Unamuno escribió una carta de felicitación por su libro a González Prada, este le contestó por

formalidad, que le fue correspondida por otra carta del vasco ingenioso, que no obtuvo más respuesta.

2. Sobre el disparate de la “intra-historia”

El concepto, si así puede calificarse, de “Intra-historia” es un desafío chillón a la ciencia histórica; es salir por la tangente, con la presunción olímpica del español que cree enfrentarse a la ciencia europea, desafiante. Si la historia positivista había ganado un método en el siglo XIX, y se amplificó en el XX, con “el recurso a la comparación y la interdisciplinariedad”, [11] al desenvuelto Unamuno le basta su agónica intuición, el ver más allá de las cosas históricas, que como rayos X penetra el misterio de lo eterno. “Hay una tradición eterna”, “lo que pasa queda”, “pasan los sistemas, escuelas y teorías... y [quedan] las verdades eternas de la eterna esencia”, escribe Unamuno. Este trasfondo de la “eterna esencia” es la “intra-historia”, algo no histórico. La metáfora del mar, que es siempre el mismo, mientras las olas, que solo acusan los periódicos, es adecuada a esta intui-

ción, a una poscategoría histórica. Este es pues el misterio profundo, silencioso de la verdadera tradición, es decir, el irracionalismo filosófico que nutre una modalidad de pensar que cabe llamar unamunesca. Así la intrahistoria es inmune al progreso, a la periodización, a la discrecionalidad comparativa, a la crítica de fuentes, a la ciencia histórica, en una palabra. La búsqueda de esencias, la esencialidad española, también será una búsqueda inflacionaria de los falangistas y franquistas, décadas más tarde.

Aseguran los biógrafos (Carlos Blanco Aguinaga) que la crisis religiosa de Unamuno en su juventud es la fuente de sus reflexiones y de su “dolor de España”. Como los otros miembros de esta generación con quienes tuvo contacto, Menéndez Pelayo, Ganivet, Costa, insistió en esta desolación interior como intelectual español. Ortega lo califica como “el único hombre europeo que conozco en España” y más tarde un “energúmeno español”; Rubén Darío, que había recibido un insulto racista del vasco, lo llamó “pelotari en Patmos” y Borges, “un loco”, “que quiere ser in-

mortal”. Se dice que su agonía y desespero lo hicieron escribir de “lo divino y humano”. Un Manolete de las letras españolas, que mandó a vacacionar la razón, dijo José María Pemán. Escribió en los periódicos que podía, sin cesar. Llenó miles de páginas de esto y aquello. Sus relatos paisajísticos, en los que nos hemos detenido, fueron también ocasión de manifestar sus angustias, sus incesantes ansiedades, medio místicas y muy nacionalistas. El remate de su racismo-paisajismo, inferido de su intra-historia, lo plasma en la consideración analógica entre la geografía europea, seis veces “más periférica” que la africana[12] (con más costas, archipiélagos, golfos), y el cerebro del europeo, más complejo y delicado, de lo que se infiere que el negro tenga menos circunvoluciones, es decir, sea racialmente inferior.

Escribió también Unamuno novelas, como *Paz en la guerra* (su alter ego es Pachico Zabalbide) en que cuestiona la unidad española, en que habla y recrea, a propósito de las guerras carlistas (particularmente la tercera, de 1872 a 1876), “la mal ensamblada uni-

dad española”. El fondo de fanatismo católico se entremezcla con una insurrección legendaria, dirigida por curas vascos avezados que saben traducir el descontento contra el liberalismo, contra el régimen madrileño.[13] La nota populista anti-liberal, la idea de que los liberales gobiernan solo para los ricos, que era una consigna carlista, se desliza también en esta novela.

Se podría intentar algún paralelo entre los cuadros y artículos de Unamuno en medio de la Guerra mundial con *Consideraciones de un apolítico* de Thomas Mann. Son libros de sufridos patriotas, de rebeldes anti-demócratas, de descreídos políticos. Política es para ellos liberalismo, republicanism, parlamentarismo: necesidad burguesa. La gloria de Unamuno está en la España de los Reyes Católicos, en las gestas de la conquista, en el pasado del Siglo de Oro, en Don Quijote. En Thomas Mann, en un pasado, antes de Bismarck, en el orgullo de la Alemania de orfebres, de orgulloso ciudadano de la Hansa. No cree ninguno de los dos en la metafísica política de la Constitución a la francesa. Los dos lloran por la herida

del imperio caído, el uno por el desastre del 98, el otro por la ominosa derrota de Guillermo II, su condena por el Tratado de Versalles y la imposición de una Constitución republicana dictada por Wilson. Unamuno es un clown intimista; Mann, un iracundo que fabrica a la vez su distanciamiento estético del mundo circundante. Unamuno amortigua el efecto de la decadencia española, y sueña candoroso en la España imperial, monástica y quijotesca; Mann está lacerado de pies a cabeza, reniega de Francia, Émile Zola, Romain Rolland y sobre todo de su hermano, el poeta socialista Heinrich Himmler. Unamuno es andariego desenfadado; Mann, se atornilla a su escritorio y escupe saliva y rabia (con ello niega el modelo de serenidad cosmopolita goetheana). Unamuno, ¿republicano?; Mann coquetea con el nazismo y solo muy tardíamente se exilia. Con ingenuidad rebuscada pregunta hispánicamente Unamuno “¿Todo ha de ser progreso? ¿No ha de juntarse, al cabo, todo en uno?”, mientras Mann, el patriota teutón y energúmeno anti-demócrata y émulo fallido de Goethe (saca su aristocratismo intelectual de Schopenhauer y Nietzsche),

con sarcasmo incontinido, denuncia el progreso como “un embuste desvergonzado”: el de cómo “conceptos elevados de la humanidad, tales como ‘verdad’, ‘justicia’, ‘libertad’, eran arrastrados por el albañal de la política, objeto de abusos, ensuciados, estropeados, empleados con hipocresía y despojados de su dignidad...”, pues esos conceptos que resume Rousseau son babas, envenenan al alemán con su humanitarismo ilustrado despojado de “vergüenza y conciencia”. También podría hacerse un breve parangón entre *Paz en la guerra* de Unamuno y *Tempestades de acero* de Ernst Jünger, dos novelas nacidas de la juventud. Pero hasta aquí llega el paralelo. *Paz en la guerra* narra en boca de figuras abstractas y distantes de la guerra, los sucesos insurreccionales de los levantamientos carlistas. Jünger relata, en *Tempestades de acero*, por el contrario, vivencias, experiencias de guerra, con una metafórica inédita y sobrecogedora. Unamuno da tumbos y es su vida rocambolesca; Jünger fue un soldado vigoroso, un nazi agudo, que alentó tropas paramilitares contra la República de Weimar, y, al final de la Segunda Guerra, conspiró contra Hit-

ler. Debemos a Unamuno su paisajística apolitizada; *La Paz* de Jünger es un texto clásico para superar el estado de guerra, para aprender a dominar psico-políticamente el impulso tanático civilizatorio, que él supo interpretar tan monstruosa y nihilistamente en su libro fundamental, *El trabajador*.

3. Sobre la impune inconsecuencia del hidalgo vasco

Miguel de Unamuno cumplió un papel político errático en el decurso de la turbulenta vida española, entre la proclamación de la Segunda República al triunfo de Franco. El mismo 14 de abril de 1931, Unamuno saludó la República como “una nueva era”, el fin de “una dinastía que nos ha empobrecido, envilecido y entontecido”. En seguida es nombrado alcalde honorario de Salamanca y, entre ovaciones, rector de su Universidad. A la hora de la sublevación franquista, se presentó Unamuno a las autoridades municipales el 19 de julio de 1936, como se había presentado antes, a la hora de la República, como el volador sin palo de su brújula política. Se entendió como un elemen-

to de continuación, para salvaguardar la civilización cristiana “tan amenazada”. Unamuno se puso al amparo doctrinal de la pastoral “Las dos ciudades”, del arzobispo de Salamanca, Plá y Deniel, que calificó el levantamiento como “cruzada”. Con sus característicos modales histriónicos, pidió al presidente Manuel Azaña que se suicidara “como acto patriótico” y a la vez ensalzaba a los generales Francisco Franco y Emilio Mola. En medio del desconcierto, las autoridades republicanas lo destituyeron como rector vitalicio, mientras las franquistas lo ratificaban en el cargo. A principios de octubre, en audiencia con Franco abogó por su amigo el pastor protestante Atilano Coco, y rogó (en vano) que no bombardeara Bilbao, donde tenía dos casas. Fue desatendido. Luego, en fin, en otro salto de saltimbanqui clown-intelectual, le increpó en el Paraninfo de la Universidad al general Millán-Astray, en la celebración del Día de la raza, el 12 de octubre: “Venceréis, pero no convenceréis”. Hubiera podido decir lo contrario, impunemente. Unamuno murió pocos meses después, el 31 de diciembre de ese fatídico año, destituido de su rectoría, cercado en su pro-

pia casa, sepultado con honores falangistas.

En Unamuno se reiteran los tópicos propios de la intelectualidad de “orgullo y prejuicio” contra la sociedad de masas y la democratización de la cultura entre finales del siglo XIX y las primeras décadas del siglo XX. La crítica al conocimiento práctico, la vida cotidiana, a la prensa, le es típico. Contra la prensa, que es uno de los vehículos más corrientes de los escritos de Unamuno, hay citas abundantes: “El público, oh lector, quiere cosas concretas, noticias, datos, información. Y yo cada día odio más la información y me interesa menos la noticia”. Por el contrario, el pueblo llano, sin contacto con los vertiginosos sucesos del día, lo seduce. Un pastor en la sierra de Gredos que vio por casualidad, después de un año, el atentado de Maura, le hace escribir: “¡Feliz mortal! Había de estallar una revolución a sus pies sin que él se enterase”. Contra la prensa (hay observaciones mordaces desde el Prólogo en el teatro del *Fausto* de Goethe), contra el turismo.

La descripción de paisajes, catedrales y sucesos históricos son en Unamuno aparentemente concretos, sensibles. Pero son histórico-socialmente abstractos, producto del ocasionalismo del paseante solitario, de un nostálgico contemplativo, que no ve la realidad cruda, el hombre concreto, el hombre concreto deshumanizado, la densa crudeza material del campesino, que desea envolver con estos tapices de imaginación exquisita. No hay realidad. Goytisolo escribe:

Con gran acierto, uno de nuestros ensayistas jóvenes analizaba recientemente la reacción de Unamuno ante el yermo castellano: la miseria de los demás no despertaba en él otro eco que una emoción mística, que le llevaba a considerar la desnudez del paisaje algo así como una emanación de su religiosidad personal.

Esta “religiosidad personal” unamunesca era el desplazamiento de la conciencia del ocaso del imperio, una manera sofisticada de no comprender

las causas del desastre del 98. Era una especie, pues, de neobarroquismo, de cubrir con sonoridades verbales una realidad agobiante. Era literatura paisajista, telurismo difuso, contemplación profusa de detalles que hoy resultan profundamente aburridos. La decadencia de siglos se quiso conjurar en un océano de palabras, palabras y palabras— que recuerda lo que dice González Prada de Valera, “cuando tiene que escribir escribe, cuando no tiene que escribir, escribe”.

Unamuno delata un agotamiento temprano de la racionalidad científica decimonónica que se agudiza con el paso de las primeras décadas del siglo XX. Su estado alterado, su psiquis que reclama la inmortalidad (gesto inhumano, le recuerda Borges con ironía), es el síntoma de un intelectual acosado, preterido por el irresistible movimiento de masas de su época. Desplazado de ella, se refugia en el santuario de la Universidad de Salamanca, que será primera sede del gobierno rebelde de Franco. La protesta contra la época burguesa, la desconfianza ante el mundo político-parlamentario y de los partidos li-

berales, lo precipitaron al abismo de la confusión, al desespero. Confundió el agotamiento y crisis del sistema liberal y la sociedad burguesa (lo analizaron con altura Max Weber, Carl Schmitt y Karl Mannheim en esos años) con la perturbación de su sistema nervioso que se abocó a redimir el misticismo del siglo XVI. Confundió el derrumbe de los parámetros valorativos de Occidente con su neurosis personal.

Referencias y anotaciones

- [1] Unamuno, Miguel. En torno al casticismo. Fernando Fe y Antonio López. Madrid, Barcelona, 1902. Págs. 185 y 186.
- [2] Idem. Pág. 65.
- [3] Idem. Pág. 82.
- [4] Idem. Pág. 90.
- [5] Idem. Pág. 92.
- [6] Idem. Pág. 116.
- [7] Idem. Pág. 143.
- [8] Idem. Pág. 147.

[9] Idem. Pág. 179.

[10] Idem. Pág. 196.

[11] Burguière, André. *La Escuela de los Annales. Una historia intelectual*. Universitat de València. 2009. Pág. 22.

[12] *En torno al casticismo*. Pág. 177.

[13] *Paz en la guerra* es una novela parcialmente tediosa, parcialmente interesante, que escribió el joven Miguel de Unamuno en 1897. La novela narra la historia convulsionada de España del siglo XIX, al hilo de las conversaciones de los contertulios del Casino en la ciudad de Bilbao. Las guerras carlistas, las desoladoras guerras civiles del siglo XIX en España, son el trasfondo de una nación que asimilaba tarde y mal los procesos de modernización; que se europeizaba pues de modo abrupto y compulsivo. La violencia política marcaba los días, las horas y los sueños de los españoles, siempre empeñados en liquidar al enemigo, en una

lucha encarnizada entre los más feroces tradicionalistas y los liberales, que no pasaban en serio a ser verdaderos jacobinos radicales. La novela juvenil de Unamuno pinta vivazmente la figura de un cura fanático, de un guerrillero cura, el legendario cura Santa Cruz, de la tercera guerra carlista. El cura Santa Cruz se destaca por sus métodos terroríficos, por su valentía sin par y su fe de carbonero. El cura Santa Cruz, el cura de Erñialde, sobresale pues por sus hazañas de guerra, por su ímpetu de terror y fanatismo, cruzando montañas, cañadas, valles, saltando cercos y asolando al ejército liberal gubernamental. Era el guerrillero neto, que sorprende, ataca, huye, desprecia y es admirado. “¡Viva la religión, viva Santa Cruz!” eran los gritos que acompañaban su cruzada. Esta cruzada revivía en sus adeptos, las hazañas de Carlomagno “acuchillando con sus doce pares” a los enemigos de turbante; recordaba al “gigantazo Fiebrás”, a “Oliveros de Cas-

tilla y Artús de Algarbe, el Cid Ruy Díaz, Ogier, Brutamonte, Ferragús y Cabrera”, es decir, recordaba, enfebrecidos, a la galería de los luchadores de la fe católica, los héroes de una religión triunfante. Imaginaban entrar al pueblo, en los labios un himno a Ignacio de Loyola, mientras las novias los vitoreaban desde los balcones. Esto era lo antiguo de la guerra de la larga guerra carlista (1872-1876), lo vagamente popular, la guerra por una causa incierta, pero sentida en los más profundo del alma; la guerra que se libra por la patria, la religión, las viejas costumbres, por las creencias de los abuelos; la guerra que se entremezcla, en nuestra imaginación, con la defensa

de lo antiguo, de lo originario. Guerra civil de religión; guerra civil, guerra de montaña, guerra de fusilamientos, en que la fría crueldad era compatible con el exceso de energía. La liberal Bilbao, al verse liberada del atroz sitio carlista, lo primero que emprende es una misa campal. De este modo se honró el libre examen.

Homenaje a Jairo Alarcón

Astrid Arrubla
astrid.arrubla@udea.edu.co

*Tres transformaciones os contaré
de la mente: cómo la mente se vuelve en
camello, y en león el camello, y en niño
finalmente el león.*

Friedrich Wilhelm Nietzsche

Querido y siempre recordado Maestro Jairo Alarcón: Conocerle a usted fue como extender mi niñez, cosa nada fácil en aquel monasterio de adultos en donde todo, o casi todo, tenía que ser impostado para poder obtener un lugar. A su lado muchas veces me reí, a carcajadas y a hurtadillas, de esos “grandes genios” del lugar, con la excusa cómplice del tinto en Hello Kitty. Usted me enseñó grandes cosas, cosas inmensamente significativas para la vida, como que no necesitaría unas gafas de filósofa a la moda para pensar, o fingir

la voz para sonar como erudita y ganar adeptos, que mi cuerpo no tenía que ser necesariamente rígido para demostrar un saber y que aquel lugar no era una pasarela de sabios celestiales, sino que allí simplemente habitaban seres terrenales con un saber específico. De manera transparente y honesta, con su actitud me enseñó, además, que el hecho de no mirar a nadie, menos aún a sus subordinados de conocimiento, no lo hacía a uno más grande, sino más pequeño. Tal vez más reconocido, pero menos querido. Su sencillez, Maestro, siempre me hizo muy feliz: fuimos cómplices en una relación que permitía hablar de cualquier cosa sin temor a provocar el escándalo. Recuerdo, por ejemplo, cuánto divertimento le produjo mi ocurrencia de que, al igual que Sócrates, también yo era

aún muy joven para comprender el poema de Parménides, argumento que escribí para cancelar el curso del maestro Alberto Restrepo —ese gran Otro amado—. La cancelación nunca se produjo ya que usted se dedicó a explicarme y a leer conmigo. Con usted celebré el final de mi adolescencia enfrentándome a ese poema. También con usted aprendí que la caverna de Platón por dentro y por fuera eran pasos ineludibles en la vida, y que la sustancia en Spinoza no es otra cosa que la realidad que cada uno crea de sí mismo, lo que nos hace también Dioses. Usted fue mi Oasis en aquel desierto habitado por tantos “superhombres”. Justo al momento de recibir mi grado como filósofa, logré comprender con la existencia de su ser que las tres transformaciones nietzscheanas podrían llegar a convertirse en una realidad. Su alma de niño desempeñó un papel trascendental en aquella comprensión, ya lo intuía yo cuando con su increíble sensibilidad usted nos abrazaba como solo un padre amoroso y comprensivo lo puede hacer. Esos abrazos... Los mismos que impulsaron

en mí la valoración de la virtud de la sencillez humana y de la calidez que un maestro necesita para sostener un diálogo genuino con sus estudiantes. “Tan sencillo como hablar de virginidad” en plena contemporaneidad. Usted fue ese areté prometido en el recorrido de mi pregrado. Una vida en *paideia* que solo inspiraba *philo-sophia*. De su afectuosa mano y sin diagnóstico previo, solo por su amor al conocimiento y a su afán por resolver los enigmas de sus estudiantes de manera ética, conocí y me enamoré de ese prodigioso descubrimiento Freudiano, lo que este encarnaba para el deseo y la sexualidad humana por medio del lenguaje. Gracias a usted encaminé mi vuelo hacia otros rumbos menos difusos y escabrosos, más prácticos para el discernimiento y el apoyo humano, para procurarle al estudiante un lugar más propicio de reflexión sobre sí mismo. Hoy, con su muerte, también me está enseñando, Maestro amado. Mejor ser tildado de loco, que de racional. De igual manera, todos perecemos. Al final, la huella del León en el Alma.

Escritura creativa

Álvaro Cruz
sangarrafa@gmail.com

Mira, mira cómo vuelan los pajaritos
míralos tan lindos con sus colores
con sus trinos
mira cómo vuelan libres en sus jaulas
mira los pajaritos con este telescopio
tómales una, dos, tres fotos
y escribe sus nombres
mira cómo van
cómo vuelan como si hubieran nacido con alas
cómo si desde siempre volaran
vuelan
vuelan
vuélales la cabeza
mira cómo crecen las flores
mira qué colores tan bonitos
arráncalas
arráncales los pétalos

ésa tiene dos brazos, con medio le alcanza
arráncala de la tierra
de raíz, arráncala
para que no le llegue un pájaro
y menos volando
que si viene que se arrastre
arráncale la cabeza
y entiérrale los colores
si es tan colorida que la tierra crezca
roja, las flores bajo tierra igual huelen
a muerte...
yo soy un floristero
un hombre formal
un hombre de jardín
un hombre de hombres
siembro flores allá donde había montes
¿Cuándo le han dado un helecho a una amante?

Mira esa orquídea
mira sus colores
parece que un puerco la hubiera puesto ahí
¿será que a dios le gustan las mujeres?
¿será que escucha los gemidos apagados
de sus hijos cuando espada
saeta
puñal
y fusil
entran por polen allí donde no hay?
Arráncale la orquídea,
no sea que florezca.
No vaya a decir primavera antes de tiempo,
antes de la ganancia,
no sea que haga florecer la tierra en
plena flor, en flor plena.
No vaya a ser que se acabe la guerra.

Divagaciones de un viajero solitario

Alejandro Vega
alejovega123@hotmail.com

24 de abril de 2017

Todas las visitas a la montaña son únicas, como el encuentro excepcional que hacen la línea tangente y la circunferencia en un único instante de sus trayectorias. El cruce de dos líneas, también en un único punto, genera un instante excepcional: el encuentro de dos personas que viajan por caminos diferentes, el encuentro de un hombre con un pueblo desconocido o una mirada a otros ojos que nunca más se volverán a ver. Las montañas son manantiales de vida. En esa vida que irrigan se esconden miradas, silencios forzosos, ojos cerrados, cuerpos desalojados, materiales clavados en otras materialidades.

Algunos cruces es preferible evitarlos: un camión de carga que se atra-

viesa en la vía en la que viajas sobre La Carcaza o seguirse de frente en una curva y derrapar como consecuencia de no dominar la velocidad. A muchos muertos en la vía le hacen un honor singular: una unión perpendicular de dos palos de madera se ubica en el lugar del accidente. Algunos de estos emblemas en el camino también hacen honor a muertos por la violencia: una bala o un cuchillo fue atravesado en el fluir de sus existencias.

Para regresar al Valle de Aburrá desde Sincelejo tomé la llamada Vía al mar. Crucé Sampués, luego Chinú, en Córdoba, hasta pasar por Planeta Rica y entrar a Antioquia por Caucasia. Desde allí el trazado de la carretera me permite una vista constante del río Cauca. Luego se desaparece de mis ojos, por un

pequeño trayecto en el que la carretera me lleva a Tarazá. Cruzo el pueblo y de nuevo estoy a la diestra del río hasta Puerto Valdivia. Desde este puerto, rodeado de agua y montañas y con una iglesia con vista al Cauca, inicia la subida hacia el Alto de Ventanas, una cima pletórica de vida y muerte. Esta carretera en la montaña es insigne, un emblema colmado de secretos que conecta desde las sonrisas compinches y cálidas de los niños jugando entre el río y la carretera hasta la cima de la cordillera donde hombres solitarios de caminar lento esconden sus miradas bajo las alas desgastadas de sus sombreros.

Muchos son los cruces que habitan en el Alto de Ventanas. Al llegar a la cima he abandonado por completo los climas costero y ribereño. Mis recuerdos del mar y el desierto se cruzan con las vistas intermitentes de las montañas tras la neblina.

La Punta de Los Remedios es un pueblo camaronero, antes llamado La Punta del Diablo, asentado en la costa de la baja Guajira. El 17 de septiembre de 2002 se clava un emblema en

esta punta: cinco desaparecidos y cuatro asesinados. El cruce de maderos es eufemismo de lucha y guerra, también es nombre de quienes no son olvido. Se pone otro cruce de maderos en Barrancabermeja el 16 de mayo de 1998. Otro, en Estados Unidos en Becerril el 18 de enero de 2000. El 30 de julio y el 1 de agosto de 1999 se clavan otros cruces en Nariño, Antioquia. Desde ese balcón entre montañas tal vez no se vean, pero sí se escuchan los que se armaron y clavaron en Argelia el 26 de febrero de 2004. También se clavan cruces el 5 y 6 de diciembre de 1928 en Ciénaga, Magdalena.

La memoria persiste y lucha por no ser olvido, a medida que bajo en La Carcaza desde Yarumal hacia el Valle de Aburrá. Los recuerdos se aferran en mi cuerpo y me exclaman: ¡Que tu regreso al valle entre las montañas no se te convierta en un tedio que aniquila la vista de tus ojos y mata la escucha de tus oídos!

Lectura recomendada

“Carta abierta a Evguieni Evtuschenko*” de A. Karanin



Abjura de usted uno de aquellos jóvenes que había respondido a su llamado de «pensar en lo grande y en lo pequeño». No van a abjurar de usted los Isakovski y los Osanin [1]; tratarán de corregirle, expurgarle un poco, pero no le harán salir del sistema. Solo a nosotros nos permitirá la conciencia aceptarle o no aceptarle en nuestras filas, que se van formando.

Antes de detenerme sobre su creación, expondré algunas observaciones sobre la misión de la poesía.

Todos los portavoces de la Humanidad afirman que la misión del poeta es servir al pueblo. ¿Ha sido esta la suerte reservada al poeta por su inteligencia y su corazón? No creo que un solo poeta que valga subordine su pensamiento poético a la idea de servir al pueblo. Pero no conozco la existencia de poetas que no comprendan que viven para el pueblo y el trabajo del pueblo hace posible su existencia. Además, si reconocemos la posibilidad de que el poeta sirva al pueblo, entonces afirmamos que el músico vive para el pintor, el pintor para el albañil, etc. Razonando

de un modo abstracto, podemos tener el valor de afirmar que no sirviendo el uno al otro las gentes no podrían existir. Pero la abstracción solo puede ser utilizada por un sabio, que inventa un esquema del desarrollo de la sociedad, y sus posibilidades son limitadas; aparte de unas ordinarias ideas generales, no puede ofrecer nada concreto. Los hechos de la vida real no toleran la violencia de la abstracción. Cualquier servicio al pueblo es una mentira consciente o inconsciente. Esta medida del justo camino de un poeta, de su pureza ideológica, es convincente para aprovecharla por todos los que pasan por el poder estatal, que han sabido justificarla hábilmente ante el pueblo. ¡Cuántos talentos han sido engañados y arruinados! Ni siquiera Maiakovski pudo defender la propia individualidad. Quería caminar al paso del pueblo y no se percató de cómo este deseo le condujo a servir a la personalidad que había establecido la dictadura sobre el pueblo. Afortunadamente su servicio no llegó tan lejos, porque de lo contrario hubiera tenido que brindar con Isakovski y Osanin.

Partiendo de este hecho, muy

significativo, los poetas deben reconocer que el servicio es posible únicamente en los cuarteles, en las instituciones políticas y en las iglesias. El poeta no debe confundirse con el poder estatal. Al confundirse con él pierde su individualidad, se transforma en un obrero de trabajo en cadena, cuya cadena es la apología directa del poder estatal y, por consecuencia, de todos los vicios que lleva en sí.

El servicio del poeta al pueblo, como algo homogéneo, es también imposible por el hecho de que el pueblo nunca —ni por situación económica ni por nivel intelectual— representa por sí una unidad homogénea. Acaso solamente si se llama unidad del pueblo a una sociedad de individuos. El nivel medio del pueblo se queda atrás respecto al nivel medio de desarrollo de su vanguardia. Por eso cualquier adaptación de la creación del poeta al gusto del pueblo lo transforma en un simple artesano, lo destruye: la individualidad del poeta no es compatible con la mentira. Por tanto, yo abogo por las condiciones que facilitan el desarrollo del individuo. Cualesquiera que sean las

«opiniones» que exprese el «individuo», no podemos dejar de llamarlas una verdad vital. Pero tengamos en cuenta que no cualquier individualidad ejerce la influencia del poeta sobre la formación y desarrollo del pensamiento social. En efecto, el burgués chupando su pequeña existencia expresa lo que realmente llena su vida. Pero tales chupadores no son menos perjudiciales a la sociedad que los especialistas, convertidos ahora en escépticos a los dogmas por cuanto saben A QUIÉN y CUÁNDO hay que dedicar himnos de gloria.

De esta forma, como criterio de la utilidad del poeta a la sociedad, puede servir aquella verdad que contenga todo lo nuevo, lo naciente. Darse cuenta de lo nuevo, de aquello que nace, creer en ello, armarse de valor para reconocer que los viejos dogmas son decrepitos, éste es el campo de actividad del poeta de nuestro tiempo.

¿Siente la creación de usted alguna tendencia nueva?

Estoy repasando el poema *Estación de invierno*. Un período confuso y

difícil ha encontrado su expresión en este poema. ¡Año 1953! Los espasmos del llanto han encadenado a Rusia. Ella acompaña en el último camino «al maestro y al gobernante de toda la humanidad progresista». Los políticos presentan el último homenaje, jurando fidelidad «al padre de la tierra de Rusia», y depositan a su colega en el mausoleo.

A Rusia le atormenta una pregunta. «¿Qué será más adelante?» Después todo resulta muy sencillo. Aparece claro que el amigo de la humanidad progresista gobernaba el país como en su feudo. Empieza la corrección de los errores. Caros te han costado, Rusia, estos errores. Se han tragado millones de tus mejores hijos. El poema es bueno, en cuanto no aleja las cuestiones dolorosas. Alguno quisiera declarar la lucha contra la personalidad, sin reflexionar en las causas que la motivan. Pero no era eso. La inteligencia se ha despertado.

Rusia enjuicia su camino, empezando desde el año 1917. ¡La Revolución! El pueblo pensaba, una vez conquistado el poder, obtener pronto la

verdad y el pan. Todo parecía muy fácil: tumbaremos a los burgueses y construiremos nuestro nuevo mundo. El Partido bolchevique acertó a infundir la fe en la posibilidad de una rápida realización del principio de igualdad y justicia. Y, cosa curiosa, miramos con amor y tristeza a aquellos «arrogantes y punzantes» que, tomado el Palacio de Invierno, pensaban al día siguiente:

Formar las filas, desplegar la bandera, «La internacional» y el sol en las trompetas y todo florecido camino derecho a la Comuna. Y las sonrisas en nuestros labios aparecen no porque no creamos en la posibilidad de desplegar la bandera e ir derechos a la Comuna. Estamos a favor precisamente del camino directo a la Comuna y no del señalado por la mentira y la vileza que tratan de imponernos.

Los «gorros caucasianos y las boinas», que lucharon por la Revolución de modo desinteresado, se fijaban en la vida del campo, tratando de descubrir algunos rasgos nuevos. Los campesinos esperaban las decisiones del Partido para cumplir con heroísmo ese tra-

bajo, pero no las ven. Sus miradas se detienen «en una valla con un anuncio indecente» y en el borracho tendido en la taberna. No dejan pasar inadvertida «la disputa en la cola ante el negocio del Estado».

A veces surge la cuestión de la juventud, del Komsomol. Y la juventud no es la misma, no tiene pensamientos frescos ni disputas audaces, y el Komsomol se ha transformado en un apéndice del poder estatal.

Le indigna a usted el alma burocrática del presidente del *koljós*. Usted pone su simpatía y su esperanza en el mozo, que no quiere «montar sobre el *jeep* como sobre una tribuna» y va a buscar la verdad a Irkutsk. A la pregunta de en qué consiste la misión del escritor, usted señala audazmente que el escritor se ha transformado en un gendarme del espíritu:

... ¿Qué es ahora el escritor? No es un dominador, sino un guardián de pensamientos.

A esto hace eco la desconfianza

en la seriedad de los nuevos cambios.
¡Su observación es justa!

*Repetimos aquello que
silenciamos ayer, callamos sobre
aquello que hacíamos ayer.*

Por mucho que se adornen los nuevos trucos, el paso de la autenticidad a la mentira permanece como un hecho irrefutable. Su poema es útil por el hecho de que descubre el velo de aquellas cosas que está prohibido ver. Despierta los pensamientos, y nosotros con gran satisfacción atendemos a su llamada:

*Dejadnos pensar, lo que
es grande no puede ser un engaño.*

Pero ya en este poema se nota un desdoblamiento, una cosa afectada, la ausencia de una sólida convicción, que se trasluce con tanta claridad en los últimos versos. Descubre usted la mentira y la vileza, que se han convertido en Rusia en ley de vida. Que han hecho degenerar la idea de la Revolución; pero

usted se inclina a alimentar las ilusiones de que es suficiente flotar un poco y las ideas recuperarán el brillo de antes. El mozo, descalzo, con «la jabalina al hombro», según usted representa la fuerza, capaz de lograr la verdad: ... y entonces, ¡ay de ti, burocracia! Pero, incluso contando con todas las contradicciones internas de este poema, no puede dejar de señalarse que tiene muchos y sustanciales deshielos, y siempre en estos casos, todas las esperanzas están ligadas a la deseada primavera. Pero, ¡ay!, la primavera ha llegado completamente distinta a la que esperábamos. Durante cierto período se esfuerza usted en obligarse a cantar en determinados tonos que son característicos del poema. Invita a no olvidar las «inquietudes del siglo», a discutir y a pensar «en los caminos de la Rusia de otros tiempos y de hoy». Trata usted de marchar al compás del tiempo y, por tanto, su mente no deja sin atención «el siglo de dolorosos y confusos pensamientos» que lleva en sí la juventud. Le atormenta la preocupación por el bien del prójimo y propone creer en la verdad «del martillo y el arado». ¡Noble fantasía! Me temo que esté usted mal preparado

para una conversación política en este espíritu. Aunque, además, empiezan a aparecer rasgos del futuro empleado del Partido. Verdaderamente existen todavía algunas dudas. Pero no importa, el tiempo las absorberá. El deseo de estar en las filas «entre los mejores de la generación», el trompeta dispuesto a cambiar durante la ofensiva «la trompeta por el fusil» se traduce en un deseo de maravillarse a todos.

¡Ay, cómo quisiera maravillarme!
¡Ay, cómo quisiera maravillarme!

El amor al éxito lleva a la exaltación del Partido, que sabe a tiempo movilizar las masas. Es usted un camaleón de nuevo tipo. Además, la fidelidad a la doctrina convierte al camaleonismo en ley de todo desarrollo. El partido extirpa los errores tratando de alcanzar y superar; dirige toda la energía, la voluntad y la inteligencia a la educación comunista de la juventud, y usted, en seguida, se precipita al Extremo Oriente, y usted, de camino, echa una mirada a la estación de Zimá para hacer provisión del espíritu del pueblo trabajador.

En Jabarovsk todo brilla y sonrío, los habitantes de Jabarovsk están «orgullosos de sí y de su ciudad». Después de haberse «enriquecido» internamente, usted descarga su ira contra aquellos que no están seguros de que la juventud del Komsomol sea eterna. En los últimos versos, por cierto, usted exalta al *nihilista* (por otra parte, de dos caras: una, en la plaza de Maiakovski, y la otra, totalmente distinta, en la versión oficiosa para los escolares de último curso) que «admira a Picasso y no admira a Guerasimov». Pero no quiero anticiparme y sólo expresaré mi impresión sobre el poema ¿De dónde venís? Para usted no ha habido ninguna clase de dudas, todas las cuestiones están resueltas. Una extraordinaria perspicacia le inclina a pensar que allí hay un *Komsomol* de «burgueses indolentes» y de funcionarios «con fuego artificial».

Nuestro verdadero Komsomol se ha hecho todavía más joven que antes, ha conquistado una eterna juventud.

La fidelidad a la disciplina del espíritu del *Komsomol*, el deseo de su-

perar en sí la indignante falta de lógica le invitan a usted a perdonar los errores de los padres y a seguir su escuela. ¿Qué errores, de qué padres, nos invita a perdonar? ¿De aquellos «simples soldados» que atacaron el Palacio de Invierno o de aquellos que amparándose en el «nombre de la Revolución han fusilado a la Revolución»? Ahora todos los arroyos se hacen vivos para usted y todas las ranas se convierten en zarinas. Tiene usted la tendencia a declarar que la podredumbre y el marasmo son signos de crecimiento. Una sucia hartura es un paso táctico. El poema acaba con un invitación de cara a la memoria de los padres. Y la pregunta «¿De dónde venís?» sabemos que

Del Estado de Moscú de
Jabarovski Somos campesinos
y proletarios y el Estado ¡somos
nosotros!

Ni siquiera «San Lorenzo» hubiera osado afirmar que nosotros somos el Estado. Él mostró abiertamente con su acción que en una primera etapa de la edificación del comunismo, él y el Estado son indivisibles, y lo que suceda en la

segunda fase, en la fase final, no tenía importancia para él. En toda su duplicidad de Jano se mezcla una notable dosis de sexo. Hay que reconocer su talento poético: las mocitas melindrosas se derriten ante su presencia y su «puesta en escena». En este sentido tampoco es usted capaz de colocarse por encima de los vicios de nuestra sociedad. En todas partes a favor de la corriente y en ningún sitio en contra; éste es su credo. Pero por su carácter es usted un novísimo tipo aburguesado. Y al aburguesado le gusta hurgar en los trastos viejos. Y también usted de los viejos trastos ha creado un poema: *Consideradme un comunista*. Algunos lo encuentran verboso. A mi juicio, esta gente nota no una verbosidad, sino cierta sinceridad ampulosa. Parece que trata usted de expresar de su interior algo, y que este algo debe ser por fuerza revolucionario. Y usted recuerda a los «tétricos y enmarañados» que «no se doblan sobre las me-

sas-escritorio». Usted combate a diestro y siniestro «con Janos bifrontes», a los cuales «no les importa que el poder sea soviético, sino que les importa que sea poder». Pero ¿acaso tal permanencia de contradanza con un descanso no es una táctica de Jano bifronte? Por otro lado, usted mismo se delata:

Y se arrastran hacia los halcones las serpientes cambiando la armonía con el tiempo nuevo, el conformismo de la mentira con el conformismo de la audacia.

*Victor Andresco, traductor. Tomado de *Literatura clandestina soviética*. (1969). Madrid: Guadarrama.[1] Dogmáticos. (N. del A.)ente a nuevos procesos.